

### CAPITULO XXXI.

#### EDUCACION DE LOS JÓVENES QUE ASPIRAN AL ÓRDEN SACERDOTAL.

Para el cielo y para el Sacerdocio, no hay ante Dios ninguna preferencia ni acepcion de personas. Para manifestar su gloria, así como para continuar el ministerio de su Hijo, Dios se sirve indistintamente de todos los hombres. Por esto escoge para ministros de su Iglesia y dispensadores de sus gracias, ya à un pastor entre su rebaño, como San Vicente de Paul; ya un grande de la tierra que goza de los esplendores humanos, como el príncipe Hohenloe; ya entre

el tumulto y ruido de las armas como San Ignacio; ya en fin, en el silencio, en el estudio y en el dominio de las letras, como San Francisco Javier. Conduce aquella alma que ha elegido á las profundidades de la soledad y del retiro, y allí le habla á su corazon. Hombres venerables, héroes de los tiempos modernos, majestuosos restos de la milicia de Jesucristo cuyos cabellos han emblanquecido á la sombra del santuario, son los que rigen esta educacion clerical.

Mucho ántes que el sol aparezca sobre el horizonte, cuando todo reposa en el silencio, la campana matinal viene á interrumpir el sueño de los jóvenes levitas para invitarlos al trabajo, nunca durante mi residencia en el Seminario, oí esta voz de bronce sin sentir no sé qué movimiento de alegría celestial; la noche, el silencio, el reposo, el sueño, de repente se suspenden á esta voz: *gloria á Dios, bendigamos á Dios*, cuyo eco, repitiéndose de dormitorio en dormitorio; de corredor en corredor, se prolonga hasta la última celdilla del seminarista, inspirando sentimientos muy diferentes de los sentimientos terrestres. Comienza el ejercicio de la oracion; cada uno la hace con fervor porque siente la necesidad que tiene de hacerla; se pide en ella por los amigos, por los enemigos, por los justos,

por los pecadores, por los gobernantes, por los gobernados, por el soberano Pontífice y por todos sus vicarios que lo representan. A la oracion, esta plegaria del alma, esta elevacion del espíritu y del corazon hácia Dios, está profunda meditacion de sí mismo y de sus defectos, á esa consideracion sobre la grandeza del Sacerdocio, sobre la necesidad del estudio, sobre la excelencia de la obediencia sigue la oracion vocal: llega el momento del sacrificio y cada uno permanece con respeto, con recogimiento y con amor, considerando que así tendrá que celebrarlo él mismo algun dia. Despues de estos santos y piadosos ejercicios viene la hora del estudio, que no se interrumpe en todo el dia sino por una corta y sabia distraccion, por alguna frugal refaccion, porque el seminarista no se sienta en la mesa, sino como el viajero en la hostelería que come para vivir: llega la noche y el dia santamente comenzado: termina de la misma manera y como no se dió lugar à la ociosidad, tampoco tuvieron lugar los pensamientos inoportunos y perversos, ni la negra envidia, ni la rivalidad con su mordaz lenjuaje, nada turba la dulce tranquilidad de aquellos lugares, ni la paz del corazon.

La celdilla del levita es sencilla y modesta; una cama, una silla una mesa, y una pequeña

biblioteca, y sobre ella un Crucifijo para bendecir y dominar la ciencia, algunas santas máximas análogas al santo ministerio, una imàgen de la Santísima Vírgen, ved todo el mobiliario de este hijo del santuario. A fin de que se acostumarle á la pobreza, no se le da más que lo necesario.

Léjos del tumulto de las pasiones y de las tempestades del corazon, el jóven levita se prepara durante diez años por los altos estudios de la filosofía y de la teología al gran ministerio eclesiástico. En todo este tiempo, se concebirá cuánta abnegacion, cuántos sacrificios continuos de su voluntad, de sus gustos y de su carácter es indispensable que ejerza; porque una vigilancia rígida, aunque paternal, constantemente ocupa à los superiores: ved la vida del seminarista; ¡cuánto difiere de la del estudiante! los mas hermosos dias los pasan en el sacrificio, en la inmo-lacion, privándose de los placeres, de las fiestas, y aun de las distracciones inocentes.

Pero todavia no es esto todo para el jóven levita: llegan los órdenes. Habiendo invocado por largo tiempo las luces del cielo, reunidos en consejo los superiores, deliberan si es tiempo ya de que aquellos sean admitidos al Santuario ó tambien si convenga ó nó por sus incli-

naciones, costumbres, estudios, edad, que sean repelidos de él, reinando en estas decisiones, la más perfecta rectitud: nada de pasiones nada de rencor, nada de humano preside á tales determinaciones. En cada elección la misma prudencia, la misma sobiduría; se diría que esta prudencia se multiplica, que esta sabiduría se diviniza cuando se trata de hacer pasar al joven levita de los órdenes menores á los mayores. Hasta entonces no habia para el Seminarista más que una separacion temporal del mundo; algunas ceremonias habian tenido lugar; es verdad que se le habia cortado parte de su cabellera para señalarle que todo lujo, que todo espíritu del mundo debian ser excluidos de sus vestidos; verdad es tambien que se le habian entregado las llaves de la Iglesia para que fuera su constante y seguro vigilante; cierto era que se le habia revestido de la túnica blanca para recordarle el estado de inocencia de y pureza en que debia siempre vivir; pero hasta entonces ningun voto habia formado. Pertenezia todavía al mundo, si no de corazon, al ménos por su carácter; elevado al órden del subdiaconado, se separa ya del mundo, se le obliga á practicar las tres grandes virtudes, que hacen del hombre otro Cristo sobre la tierra, otro Verbo hecho carne: la castidad,

la obediencia y la pobreza. La castidad para exaltar á los hijos de la Iglesia y no ocuparse ya más que de los cuidados espirituales; la obediencia para estar siempre alerta contra los arranques del orgullo vicio el más monstruoso, y el que con más frecuencia aflige á la humanidad; el orgullo es el pecado de Satán, el principio de todo mal; el orgullo es el que ha perdido al mundo así como la obediencia de Jesucristo quien lo rescatado; y solo la obediencia del Sacerdote católico es la que puede continuar la redencion. Sin la obediencia no hay gerarquía, sin gerarquía no hay órden. Un Sacerdote obediente, un Sacerdote sumiso, será siempre un Sacerdote segun el corazon de Dios, un hombre de milagros: si se extravía, no tardará en volver sobre sus pasos. Un Sacerdote orgulloso es un demonio sobre la tierra, no hay mal que no sea capaz de hacer. —La pobreza, en fin, para que no reservándose nada para él, lo dé todo à los pobres, á los necesitados. ¡Oh cuán grande es el Sacerdote cuando por doquier que vá le acompañan estas tres virtudes! Hace tambien voto de rezar el oficio divino, compendio sublime, memorial augusto de todo lo que la Santa Escritura y los Santos Padres, encierran de más bello! Guardados los intersticios, es decir, el tiempo proscrito por los

cánones, el subdiácono asciende al diaconado; no llega á él sino por nuevos esfuerzos, por nuevas virtudes, por una más grande perfeccion. En tónces se le confía el Evangelio. Es ordenado en fin Sacerdote, momento solemne en su vida; ningun triunfo puede ser comparado al de la santa ordenacion. Nó, un rey sentado sobre su trono, un conquistador dominando sobre sus orgullosos rivales, no puede medirse con el Sacerdote. El uno no domina más que sobre su imperio, el Sacerdote los domina todos, porque ante el Sacerdote se ensancha el universo entero: entonces comienza para él la carrera inmensa del Sacerdote católico, se lanza como gigante y el mundo sabe todo el bien que obra.

Que no se me venga diciendo que un Sacerdote es un hombre como cualquiera otro; nó, un Sacerdote no es un hombre como otro cualquiera; puede tener sus defectos, sus debilidades, pero ambas no son del Sacerdote, sino del hombre. La grandeza del Sacerdote está en su consagracion, pues se ha hecho por la imposicion de las manos el unguento del Señor, el hijo del Sacerdocio real, el retoño de una nacion santa y escogida: nó, el Sacerdote no es como los demás hombres, separado del mundo por su traje, lo está tambien por su carácter, su vida es la vida

de un ángel, su ocupacion constante es hacer la felicidad de los hombres: en el Sacerdote católico habita el trabajo, la caridad, y mientras que la grandeza del hombre consiste en reprimir sus malas inclinaciones y amaestrar los apetitos groseros, el Sacerdote se ocupa en enriquecerse constantemente con nuevas virtudes, con nuevas conquistas; el hombre combate, el Sacerdote reina